



DOI: <https://doi.org/10.25100/hye.v22i66.15910>

Ensayo bibliográfico

La joya de la corona francesa asediada por las guerras intestinas y los conflictos imperiales.

Murgueitio Manrique, Carlos Alberto. *La revolución francesa en la Española: Saint Domingue-Santo Domingo (1789-1795)*. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 2020, 742 p., ISBN 978-9945-613-67-4

Fecha de recepción: 19 de marzo 2026. | Fecha de aceptación: 05 de junio 2026.
Fecha de publicación: 18 de junio de 2026

Ph. D Yoer Javier Castaño Pareja

Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Correo electrónico: yoer.castano@correounivalle.edu.co

ORCID: 0000-0003-1027-7962



Forma de citar: Castaño Pareja, Yoer J. "La joya de la corona francesa asediada por las guerras intestinas y los conflictos imperiales". Reseña de *La revolución francesa en la Española: Saint Domingue-Santo Domingo (1789–1795)*. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 2020, 742 p., ISBN 978-9945-613-67-4" *Historia y Espacio*. Vol. 22 n.º 66 (2026) e40115910 DOI: <https://doi.org/10.25100/hye.v22i66.15910>

Ensayo



Esta obra está publicada bajo la licencia CC Reconocimiento- No Comercial - Compartir Igual 4.0

El derrumbe del antiguo régimen estamental con sus privilegios corporativos iniciado por la revolución francesa en 1789 desencadenó en el Caribe, y particularmente en la colonia más próspera que allí tenía Francia (Saint Domingue) un huracán económico, político y social de enormes proporciones que iba más allá de la simple polarización entre los blancos propietarios y los esclavos de las plantaciones, tal como cierta historiografía de corte marxista ortodoxo (obnubilada por la lucha de clases) lo había interpretado de manera bastante reduccionista. En efecto, ante la avalancha de transformaciones estructurales que se estaban dando en la Metrópoli francesa, aquella colosal tormenta se desplazó hacia el escenario antillano, y tras su paso llevó al hundimiento de la economía de gran plantación azucarera y cafetera más próspera del mundo entero a finales del siglo XVIII, y que era para entonces una joya de la Corona francesa en el Caribe envidiada por sus rivales ingleses y españoles. Esto era consecuencia de abigarradas disputas endógenas escasamente visibilizadas en los estudios históricos, tales como las violentas querellas intestinas entre los propietarios de esclavos de todos los colores, los enfrentamientos entre bandos ideológicos opuestos, las rencillas entre los defensores de la monarquía y los partidarios de los principios republicanos, las pugnas partidistas, la desconfianza de los mulatos libertos hacia sus dotaciones de esclavos y la resistencia de los cautivos ante la avalancha de peligrosas novedades que amenazaban con hacer tabula rasa de las normas paternalistas y el corpus legal proteccionista establecidas por la Corona francesa en el código negrero de 1685.

Sustentado en una abrumadora masa documental (en su mayor parte inédita) consultada y recopilada en archivos franceses, españoles y antillanos, el libro del historiador Carlos Alberto Murgueitio Manrique denominado “la revolución francesa en la española: Saint Domingue – Santo Domingo (1789-1795)” se caracteriza por su carácter transgresor e iconoclasta, pues con gran lujo de detalles describe y analiza los factores detonantes de los odios viscerales, las enconadas disputas y el cambiante juego de alianzas que se desataron en el Caribe como secuela de los efectos demoledores de la revolución francesa entre diferentes sectores sociales y diversos grupos étnicos de aquella colonia. De este modo, los habitants o colonos blancos de Saint Domingue, descendientes de piratas (y aliados de la canalla blanca que pululaba en sus centros urbanos) aprovecharon aquella crisis de la soberanía monárquica para proclamarse autónomos, romper sus lazos de dependencia con la Metrópoli y dar comienzo a la eliminación sistemática de los mulatos libres o *gens de couleur* (también

propietarios de esclavos y plantaciones) cuya movilidad social ascendente había sido favorecida por el Code Noir promulgado durante el reinado de Luis XIV y cuyo reconocimiento político como ciudadanos se aceleró tras la constitución de la Asamblea Nacional Francesa y la consolidación del gobierno republicano.

Para dichos *habitants* o patriotas blanquistas, el escalamiento meteórico de los pardos era considerado una afrenta a su dignidad y a su preeminencia sustentada en una supuesta superioridad racial o pureza de sangre que definía a aquellos que por naturaleza habían nacido para dominar de aquellos que lo habían hecho para servir. La defensa a ultranza del excluyente sistema de castas, la pigmentocracia o tal como lo denomina el autor “la aristocracia del pellejo” llevaron a los habitants o patriotas blanquistas (junto con la plebe que los seguía) no solamente a impulsar una despiadada guerra de colores a lo largo de ese convulsivo lustro, sino también a concebir como sacrílego el revolucionario principio de la igualdad e impedir la conformación de una coalición entre propietarios que frenara la temida insurrección de las voluminosas masas de esclavos que componían la mayor parte de la población de aquella isla. Además, estos patriotas blanquistas (siempre dispuestos a sembrar la cizaña y armar maquiavélicos complots) fueron un dolor de cabeza para las autoridades francesas de Saint Domingue y los representantes de la Metrópoli, tanto durante los años de la monarquía constitucional como de la radicalización de la revolución tras la llegada de los jacobinos y la instauración del régimen del terror. En muchos casos, levantaron las armas contra los gobernadores realistas al igual que contra los comisionados tanto girondinos como jacobinos. Y como si esto no bastara, a través de diversas estratagemas sedujeron para integrarlos a sus filas a miles de soldados enviados desde Francia para restaurar el orden en la isla y prefirieron aliarse con la “pérfida Albión” (es decir, Inglaterra) para mantener incólume el sistema esclavista, frenar las aspiraciones de los libertos y evitar a toda costa obedecer los designios que emanaban desde Francia.

Pero las disensiones, las suspicacias y los recelos mutuos también se hacían presentes entre los mulatos libres o *gens de couleur*, dado que muchos de ellos no estaban a favor de la abolición de la esclavitud, pues concebían que ello era una afrenta contra el derecho liberal y burgués de la propiedad privada. Asimismo, la desconfianza afloró entre los funcionarios metropolitanos residentes en la isla, ya que por diferencias partidistas se tildaban unos a otros de traidores a la patria o le echaban la culpa a sus rivales de incompetencia e inacción para frenar el caos reinante en Saint Domingue. Y tras la llegada al poder de la Convención Nacional en Francia, muchos de los comisionados jacobinos

destinados a la administración de la isla trataron de ganarse la adhesión de los miles de esclavos rebeldes dirigidos por los negros brigantes Jean Francois, Brissou, Pierrot y Louverture (hasta entonces fieles adalides del rey y de la religión) prometiéndoles la libertad total y absoluta a cambio de integrarse a las milicias francesas en su resistencia contra la ofensiva contrarrevolucionaria inglesa y española en el ámbito antillano.

4

Ciertamente, las enormes masas de negros insurrectos que se rebelaron en las planicies del norte, inicialmente fueron férreos defensores del orden monárquico francés por las razones ya expresadas, y por ende, consideraban a las nuevas ideas revolucionarias provenientes de Francia como una herejía e incluso una grave violación tanto del orden natural humano como del divino. Como consecuencia de ello, fueron cooptados por los representantes de la Corona hispánica en La Española (y especialmente por su gobernador Joaquín García Moreno), quienes para salvaguardar la frontera y evitar que la anarquía reinante en Saint Domingue se extendiera al lado español de aquella isla y a todos los dominios de la monarquía hispánica (especialmente en el Caribe) los integraron a sus milicias ofreciéndoles dádivas, reconocimientos y estatus, y por ello se consolidaron en una pieza fundamental en el cordón sanitario o gran estrategia defensiva que tanto en la península ibérica como en sus territorios de ultramar se puso en marcha para atajar las que eran consideradas unas ideas impías y sacrílegas que habían llevado a la hecatombe tanto a Francia como a sus territorios satélites.

Gracias a la acción de los numerosos ejércitos de los negros brigantes que fueron integradas como auxiliares de las milicias de Carlos IV desde 1791, durante algunos meses de aquellos convulsivos años los territorios españoles fueron expandidos más allá de la porosa y permeable frontera establecida con Francia en 1777 para delimitar los territorios galos e ibéricos de aquella isla. No obstante, también entre estas milicias negras existían fracturas endógenas como consecuencia de las envidias entre sus caudillos. También en aquellas tropas encargadas de la defensa de los dominios españoles y de garantizar la soberanía de la dinastía borbónica empezaron a emerger roces entre algunos oficiales negros con los españoles. Y como si esto no bastara, muchos de los emigrantes que huían del caos y la devastación de Saint Domingue se integraron a las tropas hispánicas, pero veían con enfado y aprensión la activa participación de hombres de color entre ellas.

Sin lugar a dudas, el logro más evidente de la obra del profesor Murgueitio fue tanto visibilizar como explicar con precisión milimétrica este abrumador

abanico de rencillas internas, lealtades cambiantes e intereses mutables que nutrieron a la sangrienta guerra civil que descalabró a Saint Domingue. En interacción con este conflicto que se describe con gran detalle y haciendo gala de una gran capacidad de síntesis, el autor se sumerge en la comprensión de ese abrumador círculo vicioso de discordias, retaliaciones e intempestivos cambios de las cuotas de poder de las diversas fuerzas en pugna que se enfrentaron tanto en la palestra francesa como en el Caribe, un gran espacio éste último que especialmente durante la Guerra de La Convención se convirtió en el teatro del enfrentamiento de los más formidables imperios europeos.

Paralelamente, otro gran acierto de este libro consiste en que, con la destreza de un cirujano, en él su autor aplica los métodos y técnicas tanto de la historia conectada como de la historia comparativa para vincular y confrontar entre sí los acontecimientos que emanan en Francia con los efectos de su recepción tanto en la gran cuenca del Caribe como particularmente en las partes francesa y española de aquella ínsula. Por lo tanto, esta es una obra en la que el autor no se constriñe a un territorio delimitado, estrecho y estático, ya que frecuentemente el lector se ve imbuido a través de una prosa emotiva en un viaje apabullante a través de diversos escenarios del globo (especialmente de la esfera atlántica) cuya vida cotidiana de sus habitantes y funcionarios se vio alterada directa o indirectamente por las metamórficas dinámicas de la revolución francesa. Así que Francia, España, Inglaterra, las Antillas mayores y menores y las zonas costeras americanas sobre la cuenca del Atlántico (e incluso el sur de los Estados Unidos) son los eslabones que, desde una perspectiva macro, constituyen el caleidoscópico espacio en el que se concentra dicho autor.

Junto con esto, la frontera entre Saint Domingue y Santo Domingo es protagonista en esta vasta investigación, dado que se analizan las complejas interacciones entre ambas partes de aquella ínsula antes y después del inicio de aquel ciclón político; es decir, en una perspectiva de larga duración. Este no era un espacio yermo, despoblado o inmóvil; por el contrario, esta era un área muy dinámica y porosa ya que generalmente a través de los mecanismos del contrabando y otras prácticas clandestinas por allí se comercializaba el ganado criado y cebado en la Española (junto con sus productos derivados) hacia la próspera economía azucarera haitiana para suplir a las dotaciones de esclavos de las plantaciones. Este espacio de difícil tránsito y control como consecuencia de su accidentada geomorfología se convirtió en zona de refugio para los esclavos cimarrones que huían del severo régimen esclavista francés. Estos frecuentemente hacían correrías e incursiones violentas hacia

el lado español para abastecerse de elementos vitales para su supervivencia. La frontera era entonces un área marginal para los intereses de las potencias que compartían aquella isla, y como tal era un espacio caracterizado por la inexistencia de cualquier tipo de orden y autoridad ejercido tanto por parte del clero como de la Corona. La línea divisoria entre ambos imperios rivales era una especie de limbo donde primaba el desacato tanto de las leyes divinas como de las profanas.

No obstante, esto va a cambiar tras las alteraciones provocadas por la revolución Francesa en Saint Domingue, ya que las autoridades españolas orientaron sus esfuerzos de contención hacia aquel extenso lindero que se dilatava a través de las poblaciones de Fort Duphin, Ouanaminthe, Plaisance, Mermelade y el río Massacre para evitar que aquellas ideas se extendieran a sus dominios. Aquel problemático confín se convirtió en parte vital del cordón sanitario implementado por la monarquía hispánica para evitar el derrumbe del *status quo*. Se orientaron recursos de los situados provenientes de la Nueva España para establecer puestos de vigilancia en aquella zona limítrofe, se construyeron obras defensivas, se orientaron milicias para garantizar la seguridad en las localidades vecinas, se implementaron mecanismos para atajar la circulación de libros y publicaciones sediciosas y los ya aludidos negros brigantes fueron integrados en las filas de las milicias hispánicas tanto para intervenir esa frontera como para expandir sus límites en provecho de la monarquía hispánica para así restablecer las tierras perdidas en el tratado de Ryswick de 1697.

De manera que los funcionarios borbónicos (bajo el liderazgo del ya aludido gobernador Joaquín García Moreno) intentaron ampliar sus dominios aprovechándose de las discordias endógenas, crisis de la soberanía y agrias rupturas que sofocaban a Saint Domingue. La Española también se convirtió en centro de asilo para oficiales monarquistas y mulatos libres que huían de la guerra a muerte que les habían declarado los patriotas blanquistas defensores tanto de la pigmentocracia como del autogobierno. Simultáneamente, se levantaron campamentos y hospitales para brindar apoyo a los miles de desvalidos que provenían de la desarticulada Saint Domingue en las poblaciones limítrofes dominicanas de Monte Christi, Dajabón, San Rafael, San Miguel, Hinch y Neyba, en donde también fueron acantonadas las tropas de línea y milicias provenientes de Cuba, Puerto Rico, Nueva España y Venezuela enviadas en auxilio de aquella colonia.

La obra en cuestión es el resultado de la tesis doctoral realizada por el autor en El Colegio de México bajo la dirección de la renombrada historiadora latinoamericanista Solange Alberro. Este libro está compuesto de cinco extensos capítulos a través de los cuales se analizan los procesos y acontecimientos antes descritos a través de una narrativa seductora que fácilmente atrapa la atención del lector. De esta manera, el primero de aquellos acápite se concentra en abordar los rasgos geográficos y demográficos de Saint Domingue, en donde la mayoría de la población era esclava y mantenía viva aún sus huellas de africanía. A la vez, se explican las razones por las cuales se había consolidado en el principal bastión mundial de la producción de azúcar en el último cuarto del siglo XVIII y en la joya de la monarquía francesa en el Caribe. Además, se van a exponer las razones por las cuales aquel segmento minoritario de la población haitiana integrada por los colonos blancos mostraba tanto un profundo apego a los mecanismos segregacionistas del antiguo régimen como un odio visceral hacia los mulatos libres. A continuación, en el segundo capítulo, el autor incursiona en los inicios y las dinámicas de la guerra civil en aquella área y cuyo detonante fueron los sucesos revolucionarios que se estaban dando en Francia. Ante dicha situación, los patriotas blanquistas apoyados por la plebe establecieron una asamblea que se proclamó como soberana frente a las autoridades metropolitanas y que también entró en conflicto con otros cuerpos autonomistas provinciales. Otra gran cuestión abordada en este segmento del texto es la rebelión protagonizada por el mulato libre Vincent Ogé que buscaba imponer por la fuerza los principios revolucionarios de la igualdad y los derechos del hombre, y a la par, hacer frente a la eliminación sistemática de la *gens de couleur* orquestada por los patriotas blanquistas.

Posteriormente, en el tercer apartado se hace énfasis en las estrategias defensivas y de contención implementadas en el imperio español (y particularmente en Santo Domingo) para impedir la propagación de las ideas subversivas provenientes de Francia. Junto con ello, se describe el inicio y el desarrollo de la sedición de los esclavos del norte, quienes aprovecharon la anarquía imperante en la isla para vengarse de sus tradicionales opresores y reducir a cenizas las grandes plantaciones de aquella área. Por consiguiente, el autor dilucida los motivos que dieron pie a tal fenómeno, la composición interna de este movimiento de resistencia y sus tácticas de lucha y supervivencia. Igualmente, se describe como los funcionarios de la corona hispánica se trajeron la lealtad de los principales líderes de esta rebelión porque eran férreos defensores del Rey y la religión católica, y en consecuencia estos ejércitos

brigantes fueron una pieza clave dentro del dispositivo puesto en marcha por los españoles en ese espacio para evitar el derrumbe del viejo orden clerical, estamental y monárquico. Por su parte, en el cuarto y penúltimo capítulo se describe la guerra internacional que se dio en el Caribe con el fin de enfrentar la amenaza subversiva que se expandía desde Francia, país este último que se vio enfrentado a las escaramuzas navales y militares que en conjunto llevaron a cabo españoles e ingleses, estos últimos apoyados incluso por los colonos blancos de Saint Domingue, en vista de que añoraban la restauración del antiguo sistema de castas alteradas tanto por el Code Noir como por las leyes igualitarias del 4 de abril. Además, en este apartado se ponen en evidencia las tácticas desesperadas implementadas por los franceses para debilitar a sus contrincantes, como lo fue incitar a la traición a los negros brigantes que hasta entonces permanecían fieles a España ofreciéndoles una amnistía general y prometiéndoles la libertad absoluta a cambio de luchar por los intereses de la república y garantizar la derrota de sus enemigos tanto internos como externos.

Finalmente, en la quinta unidad de esta obra se diseccionan las fisuras internas que se dieron entre los negros brigantes junto con las sospechas que fueron emergiendo entre los españoles (y particularmente entre el gobernador Juan García Moreno) respecto a la lealtad de estas milicias negras dada su creciente indisciplina y exigencia continua de dinero y honores. Esto concluyó con la desafección de los líderes Pierrot, Macayá y Louverture a la causa española en provecho de la causa republicana francesa tras las negociaciones que sostuvieron con los comisarios girondinos Sonthonax y Polverel, dado que se había decretado la abolición de la esclavitud por la Convención Nacional de París en 1794. Al mismo tiempo, se enfatiza en los patrones que siguió la Guerra de la Convención tanto en territorio francés como en el terreno del Caribe (y particularmente en aquella isla) destacándose las peleas intestinas entre funcionarios girondinos y jacobinos y el ulterior contrataque francés contra sus enemigos (con apoyo de las milicias negras recién integradas) en aquel teatro bélico bajo la batuta del comisario Laveaux. Esto conllevó a que la buena suerte que antes favorecía a España y sus aliados se invirtiera, ya que perdió la mitad de sus tropas auxiliares y fue despojada de los territorios que había ocupado en Saint Domingue.

En conclusión, el libro del profesor Murgueitio se caracteriza por la impecable redacción, el uso meticuloso de fuentes primarias inéditas consultadas en diferentes partes del mundo y la profundidad analítica e interpretativa que se manifiesta en la adopción de los métodos y técnicas

tanto de la historia conectada como de los sectores subalternos, ya que con una destacada erudición explica las razones por las cuales las masas cautivas de Saint Domingue eran inicialmente realistas y desafectas al nuevo orden republicano, pues adoptaron y adaptaron el Code Noir a sus intereses y lo convirtieron en una estrategia para mejorar sus condiciones de vida sin romper violentamente con el sistema esclavista. Se resalta la capacidad de agenciamiento de estos grupos subordinados antes y después de la explosión de aquel polvorín revolucionario, ya que en sintonía con los planteamientos teóricos de James Scott explora los mecanismo velados y clandestinos de resistencia ante la opresión, en la cual la religiosidad sincrética jugaba un papel estelar en la puesta en entredicho del discurso y las prácticas hegemónicas de los grupos dominantes. Y además se develan los factores materiales, psicológicos y simbólicos (vinculados con el honor) que garantizaron la adhesión de los negros brigantes a las milicias hispánicas.

Junto con todo esto, es de recalcar el carácter heterodoxo y provocador de este trabajo, dado que claramente supera los clichés imperantes que mostraban a la revolución haitiana como el resultado de la lucha encarnizada entre dos clases sociales antagónicas: esto es, amos y esclavos. Por esto, este colosal libro termina siendo un tanto agotador para el lector porque pone de manifiesto y hace aflorar la marejada de conflictos, fricciones y tensiones que existían entre los propietarios por cuestiones étnicas, ideológicas, intelectuales o de clase incluso entre las mismas masas de color por asuntos como el de ser manumisos o cautivos, una contradicción en la que estaban insertos claramente los mulatos libres que se oponían a la abolición total de la esclavitud de la cual dependía su fortuna y posición social. A pesar de que la obra esta atiborrada de galicismos y padece la reiteración hasta la saciedad de ciertos temas que aparecen una y otra vez a lo largo de sus densos capítulos, sin lugar a dudas el lector se asombrará ante una rigurosa investigación que va más allá de complementar o refutar algunos de los enfoques hermenéuticos dominantes sobre tal cuestión, ya que abre nuevas perspectivas analíticas y descubre asuntos cruciales para comprender la increíble complejidad del primer movimiento independentista que se dio en Latinoamérica.